



Humanismo latinoamericano: la cultura y el pensamiento crítico ante el fascismo contemporáneo

Módulo 2.
El racismo y la xenofobia como elementos
centrales del fascismo contemporáneo
en América Latina

JUNIO 2023



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



casa de las américas



CONTENIDOS

Repensar el fascismo desde el Sur Global	5
Colonialismo, racismo y esclavitud en América Latina	10
Discursos de odio y fascismos en América Latina	16

OBJETIVOS DEL MÓDULO

Ofrecer un análisis del fascismo desde el Sur Global, que incorpore sus vinculaciones con las prácticas raciales e imperiales llevadas adelante sobre sus pueblos y territorios, de forma tal de obtener más claves interpretativas para entender las expresiones fascistas del presente.

RESULTADOS DE APRENDIZAJE

- Vincular el desarrollo del fascismo en el Sur Global a partir de las prácticas coloniales europeas en Asia, África y América.
- Interpretar al racismo como una de las principales lógicas estructurantes de nuestras sociedades.
- Conocer autores y autoras del Sur Global poco visibilizados que trabajan sobre los tópicos del presente módulo.

REPENSAR EL FASCISMO DESDE EL SUR GLOBAL

¿Qué es el fascismo? ¿Cuándo surgió? ¿Dónde surgió? ¿Cuáles son sus principales causas y consecuencias? ¿Qué movimientos pueden ser definidos como fascistas? ¿Cuál es su relación con el racismo y el imperialismo? ¿Cuál es su vinculación con la modernidad? ¿Cuál ha sido su vinculación con el capitalismo? ¿Qué expresiones ha tenido y tiene en América Latina? Ríos de tinta se han escrito para contestar estas preguntas y aún hoy siguen siendo objeto de enormes debates. Existen por supuesto numerosas respuestas e interpretaciones posibles pero la más tradicional y hegemónica ha tendido a plantear que el fascismo es un movimiento y una ideología política de extrema derecha que surgió en Europa en la década de 1920 y 1930, particularmente en Italia, en Alemania, España y otros países como consecuencia de la crisis del paradigma liberal y de la ofensiva de la izquierda producida por la primera guerra mundial y la Revolución Rusa. En este sentido el fascismo fue un movimiento reaccionario, conservador, antiliberal, antidemocrático, nacionalista y anticomunista promovido por sectores de las clases dominantes, con apoyo de los sectores medios en contra del ascenso de la clase obrera y los movimientos de izquierda que se habían radicalizado y envalentonado con el triunfo de la Revolución Rusa. El fascismo, a su vez, habría surgido particularmente en Italia y Alemania debido a la insatisfacción de estos países frente al Tratado de Versalles. Italia por considerar que no había sido suficientemente compensada como una de las integrantes de la alianza victoriosa y Alemania por entender que las cargas de la derrota que le estaban haciendo pagar eran excesivamente duras e ilegítimas. Además de estos factores la interpretación más hegemónica

ha insistido en que el fascismo surgió en países trazados por una fuerte crisis interna y donde la tradición liberal y democrática no era sólida ni tenía un extenso desarrollo como si ocurría en Francia o Inglaterra. Autores marxistas también han subrayado la íntima vinculación entre capitalismo y fascismo, señalando que el fascismo surgió como una reacción inevitable de las clases burguesas más débiles atemorizadas frente al avance del comunismo y que ese carácter pro capitalista es lo que lo definiría como movimiento e ideología. Vinculado con esto, muchos han planteado también que el fascismo surgió debido a la disputa interimperial entre Francia, Inglaterra, Alemania e Italia y que estos dos últimos países asumieron un nacionalismo extremista y expansionista debido a la pérdida de sus colonias en la primera guerra mundial.

Instalado en el poder el fascismo se expresó como un régimen dictatorial, totalitario, fuertemente estatista, marcado por la concentración del poder en manos de un líder único. Dicho régimen implicó la negación de la libertad, del disenso, de la democracia, que buscó aplastar cualquier forma de pensamiento crítico, emancipatorio e igualitario. Un sistema opresivo sustentado en la violencia y la represión sistemática; legitimado a través de una extensa e intensa propaganda oficial. El fascismo a su vez, toma la forma de nacionalismo de extrema derecha, lo hace bajo la reivindicación de una identidad nacional esencial y cerrada que se construye en oposición a otros y diversos grupos internos y externos que son vistos como enemigos. En este sentido, el fascismo se torna xenofóbico, racista y antisemita.

Según este relato hegemónico el fascismo surgió en Europa pero luego se difundió en América Latina y en otras partes del mundo. Asimismo, a pesar de ser derrotado en la segunda guerra mundial por las potencias liberales y la Unión Soviética, este habría renacido tiempo después asumiendo múltiples formas y lógicas neo fascistas que aún hoy están presentes en el mundo.

La interpretación anterior indudablemente da cuenta de los rasgos más sobresalientes del fascismo y explican parcialmente las causas de su origen y su desarrollo. No obstante, algunos autores han señalado las limitaciones de esta lectura, subrayando su carácter fuertemente eurocéntrica. Uno de los que más lucidamente crítico esta perspectiva fue George Padmore, quien de forma pionera en 1936 postuló una mirada alterativa a la hegemónica propuesta por sectores de izquierda occidental. Muy olvidado en la actualidad, George Padmore oriundo de Trinidad y Tobago fue uno de los máximos exponentes del anticolonialismo, el panafricanismo y

el marxismo negro y uno de los principales referentes de la lucha por la independencia y la unidad del Caribe y de África. A este autor se le sumaron otras destacadas figuras de la tradición anticolonial y panafricana como el gran intelectual W.E.B Du Bois de Estados Unidos y el poeta y ensayista Aimé Césaire de Martinica quienes también plantearon ideas similares. Según Padmore y estos autores, el fascismo de Italia y Alemania no surgió únicamente por causas internas de Europa sino que hundía sus raíces en el colonialismo europeo en África. A su juicio, existía una línea de continuidad entre la experiencia colonial de aquellas potencias y el régimen que se estaba construyendo en Norte ya que las lógicas racistas, violentas, totalitarias y genocidas que se estaban aplicando allí habían sido previamente implementadas en sus colonias en África. Con lucidez señalaba que: “Los actuales métodos bárbaros de los nazis recuerdan vivamente al régimen colonial en Tanganika, donde los nativos eran latigueados por la menor ofensa y tribus enteras eran encadenadas y forzadas a trabajar en las plantaciones (1969: 58). Insistía en que al momento de conquistar África sudoccidental “Pueblos enteros fueron exterminados por tropas alemanas. Durante los años 1904 y 1908 (...) se estima que 80000 herreros, 5000 hotenotes y 12000 bergdamaras fueron o masacrados con ametralladoras o llevados al desierto (...) donde murieron de sed y de hambre (...) Durante la ocupación alemana la vida tribal fue totalmente destruida. Los nativos fueron organizados en batallones y distribuidos entre granjeros alemanes. Se estableció una relación de siervos y amos (1969:276- 277)”. En este sentido entendía que lo que sucedía no era una novedad ya que: “Todo el terrorismo racial y la barbarie que vemos hoy en la Alemania fascista fue exactamente el modo en que los oficiales coloniales alemanes administraron sus colonias africanas. Muchos de los líderes nazis son ex oficiales coloniales, comerciantes, militares, plantadores y misioneros (...) No casualmente estos son tan expertos en el maltrato de sus víctimas actuales utilizando un estilo claramente colonial (1969: 284)”. Y agregaba: “los capitalistas alemanes han perdido sus colonias pero ciertamente no han perdido las salvajes técnicas y métodos coloniales que ahora están aplicando con igual ferocidad en contra de sus propios compatriotas: comunistas, socialistas, pacifistas, demócratas y judíos. ¡Cómo el presente recuerda el pasado! (1969: 60)”.

Ahora bien, lo más disruptivo de dicha interpretación era la identificación entre las potencias liberales y fascistas. Según el relato hegemónico sostenido por la izquierda y los liberales, el fascismo era algo absolutamente

novedoso, bárbaro y totalitario que nada tenía que ver con el resto de las potencias europeas que se autodefinían como democráticas y liberales. Padmore primero y luego Du Bois y Césaire advirtieron que esto no era así y que en realidad los imperios liberales como Inglaterra y Francia únicamente asumían lógicas democráticas en las metrópolis y sólo le reconocían derechos de ciudadanía de las personas blancas, sometiendo a los pueblos coloniales no blancos al trabajo forzado, la semi-esclavitud, el racismo, el totalitarismo y a lógicas genocidas. En este sentido, los imperios liberales eran tan fascistas en sus colonias como Italia y Alemania y lo más importante, es que en realidad las potencias fascistas habían tomado aquellos métodos de Inglaterra y Francia y luego de aplicarlos en África y los habían comenzado a implementar en Europa. Así la crítica de referentes, intelectuales y políticos liberales ante el fascismo se torna cínica, su defensa de las víctimas se explica porque eran blancas y desde su óptica merecían un trato humano distinto al que le imponían a las poblaciones colonizadas.

Con vehemencia Padmore denunciaba: “No sin razón, los extranjeros consideran a la clase dominante inglesa como archí-hipócrita, debido a con qué cara pueden ellos acusar a otros cuando el fascismo y el racismo florecen en su propio imperio colonial (1969:369).” Ahondando en esta interpretación señalaba que el régimen político británico en África es: “uno de los gobiernos más híper centralizados y burocráticos del mundo. Es tan totalitario como cualquier estado fascista con un gobernador que es un dictador absoluto (1969: 313).” Y agregaba “ Lo que el fascismo significa para los trabajadores blancos en los países altamente desarrollados, es lo que implica el gobierno indirecto para los africanos, ya que bajo ese sistema (...) los negros no tienen absolutamente ninguna voz en los asuntos del estado (1969:317)”. Agregaba: “En Kenia los africanos tienen tanta libertad como los judíos en Alemania” y “la esclavitud como existía en el siglo XIX ha sido abolida pero muchas de las prácticas del pasado continúan fuertemente en el presente. Las condiciones bajo las que viven los negros en Kenia pueden ser descriptas sin exageración como fascismo colonial (1969: 124-125)”. Asimismo en Sudáfrica los “negros están sujetos a peores formas de discriminación racial y persecución que los judíos en la Alemania fascista. Hitler no tiene nada nuevo que enseñarles a los políticos sudafricanos en términos de segregación. Los negros en Sudáfrica están aterrorizados, explotados y oprimidos como en ningún país del mundo. (...) El negro no es considerado ni tratado como un ser humano (1969: 160-161).” En fin, con

estas ideas Padmore planteó una crítica profunda de la interpretación tradicional, subrayando las claras vinculaciones entre colonialismo y fascismo. Y lo más importante es que lo hizo desde una perspectiva de las víctimas de la expansión imperial europea en América, África y Asia, aportando una mirada que todavía tiene enorme vigencia.

COLONIALISMO, RACISMO Y ESCLAVITUD EN AMÉRICA LATINA

Esta relectura nos sirve entonces para pensar el fascismo en América Latina desde otra mirada distinta a la más hegemónica. En general, se ha tendido a ver el fascismo como un movimiento que surgió desde Europa y que se fue importando en nuestra región durante la década del 20 en adelante. Sin embargo, si tomamos estas ideas de Padmore podemos pensar el fascismo latinoamericano como una ideología que aunque claramente estuvo marcada por los sucesos europeos de aquella época también hundió sus raíces en la historia colonial y racista de nuestra propia región. Podemos ver continuidades entre sectores auto titulados liberales y libertarios con los grupos explícitamente fascistas.

Lejos de ser algo pasajero el colonialismo es la marca de nacimiento de nuestra región. Una herida que sigue presente y abierta. El racismo, como parte de esa marca ha sido y sigue siendo una de las principales lógicas estructurantes de nuestras sociedades. El racismo no es algo que surgió en el siglo XIX, ni mucho menos es algo excepcional que se desarrolló con inusitada fuerza en el sur de Estados Unidos y en países como Sudáfrica. Ni, como vimos previamente, fueron los nazis los únicos en promoverlo de manera sistemática. Según autores como Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Ramón Grosfoguel el origen del racismo se encuentra en el proceso de conquista de América Latina y de expansión ultramarina europea llevado adelante durante los siglos XV y XVI. La conquista de nuestra región, tuvo como consecuencia uno de los genocidios más grandes de la historia y un epistemicidio de iguales magnitudes. Asimismo, implicó un proceso de deshumanización de los pueblos originarios y la construcción de un nuevo discurso y sistema ra-

cista. Tomando el cristianismo como estandarte y recuperando la filosofía de Aristóteles y del mundo greco latino se inferiorizó a los pueblos originarios, considerándolos adoradores del demonio, bárbaros, amentes y subhumanos. Sus rasgos antropomórficos y su cultura fueron vistos como negativos e inferiores a la de los europeos que representaban el verdadero patrón de la humanidad. Su propia identidad fue radicalmente negada siendo definidos por los conquistadores como indios. Así se construyó una nueva identidad racial, cultural y biológica que nada tenía que ver con la historia y la realidad de aquellas comunidades. Lo mismo ocurrió con personas africanas que empezaron a ser introducidas en América por los portugueses, como esclavizados y fueron racializados como personas negras y deshumanizadas mediante el mito religioso de la maldición de Cam que indicaba que Dios los había condenado a ser esclavos de los pueblos blancos. Al igual que los pueblos originarios fueron definidos como bárbaros, infieles y cuasi animales y el color de su piel fue visto como algo absolutamente negativo, un evidente símbolo de su condena divina.

De esta manera, al calor de la colonización y de la expansión en África se fue construyendo un sistema racista de castas en la cual las personas blancas ocuparon la cúspide y los pueblos originarios y africanos la base de aquella pirámide social, con los sectores mestizos en el medio. El discurso de la pureza de sangre de cuño religioso vino a legitimar este orden, estableciendo que sólo los así llamados “cristianos viejos”, blancos y puros, no mezclados con personas judías, musulmanas, indígenas o africanas eran pasibles de ser consideradas como sujetos plenos. La estructura social representaba a la vez una gradación en términos de humanidad, desde la humanidad plena a la subhumanidad y la cuasi animalidad. Esto implicó un proceso de racialización de las relaciones de producción por el cual los pueblos originarios fueron sometidos a distintas formas de trabajos forzados (mita, encomienda, yanaconago, etc) y las personas africanas y afrodescendientes quedaron sujetas a la esclavitud. De esta manera, mediante la brutalidad de la conquista, una minoría blanca se adueñó de la mayoría de las tierras y los medios de producción en general, además de imponerse como amos y señores de los indígenas y los esclavizados.

Desde una mirada interseccional que explicita que existen intersecciones entre las formas de opresión —raza, género, clase— correspondientes al sistema colonial, patriarcal y capitalista, autoras como Yuderkis Miñoso Espinosa, Rita Segato, María Lugones y Karina Ochoa, entre otras, han señalado que

la conquista significó además una radical alteración de las lógicas de género de las comunidades americanas y africanas. El patriarcado se entrelazó con las lógicas racistas adscribiendo roles e identidades de género particulares a las personas blancas, indígenas, mestizas y africanas. María Lugones sostiene que así como la categoría de raza fue un invento para justificar una dominación, también lo fue la diferencia entre los roles asignados a los géneros, a partir de la conquista. Analizar los fascismos desde la interseccionalidad permite visualizar las distintas jerarquías entre varones y mujeres pero también que hay ciertas mujeres que detentan poder y que también pueden oprimir. Lugones explica que “la matriz de dominación de una sociedad se encuentra ordenada por intersecciones y esos dominios corresponden con lo económico, político e ideológico” (Lugones, 2013). De esta manera, las mujeres indígenas, afrodescendientes y mestizas terminaron siendo las más explotadas dentro de aquel orden, siendo sometidas, a su vez, no sólo a lógicas de trabajo forzado y esclavitud sino también a una sistemática violencia sexual legitimada por el discurso racista.

El tráfico y la esclavitud en América implicaron una tragedia de enormes proporciones, similar al genocidio y el Epistimecidio de los pueblos originarios. Desde sus inicios hasta su definitiva abolición en el siglo XIX entre unos 15 y 20 millones de africanos fueron introducidos como esclavizados en América. A esto debe sumársele un porcentaje importante que murieron en alta mar como víctimas del tráfico. América Latina y el Caribe en general y Brasil en particular, fueron los lugares donde más esclavizados se introdujeron. Aunque el tráfico se inició desde el comienzo de la conquista y se intensificó en el siglo XVII, su momento de auge fue el siglo XVIII, el cual, desde una perspectiva eurocéntrica, se suele definir como “el siglo de las luces”. Fue justamente durante aquella época que se construyeron los sistemas de plantación más duros en Brasil e islas del Caribe como Barbados, Jamaica, Saint Domingue y Cuba en los cuales millones de esclavizados producían productos tropicales sumamente valiosos como el azúcar, café, algodón, índigo, etc. para el mercado mundial jugando un rol absolutamente clave en la acumulación del capital, el desarrollo del capitalismo y la prosperidad de las potencias centrales. La esclavitud implicó un sistema de deshumanización e hiper explotación terrible, sostenido a base de violencia y torturas cotidianas y sistemáticas.

A pesar de todo, los pueblos originarios y los africanos y afrodescendientes se rebelaron una y otra vez contra el colonialismo, la esclavitud y el racismo.

En especial, a fines del siglo XVIII estallaron una serie de revoluciones que buscaron poner fin con aquel sistema del horror. En Perú y Bolivia, Túpac Amaru, Micaela Bastidas, Túpac Katari y Bartolina Sisa acaudillaron dos gigantescas rebeliones entrelazadas que estuvieron muy cerca de conseguir su objetivo emancipatorio e igualitarista pero que terminaron siendo aplastadas a sangre y fuego. En Saint Domingue, estalló en 1791 otra revolución protagonizada por miles de esclavizados y liderada por Toussaint Louverture y Jean Jacques Desallines que finalmente en 1804 consiguió imponerse derrotando a España, Inglaterra y Francia. Así nació Haití, primer país independiente de América Latina, fruto de la primera y única revolución de esclavizados que triunfo en la historia de la humanidad. Revolución que a diferencia de la de Estados Unidos o Francia buscó una genuina universalización de los derechos humanos y la abolición total de la esclavitud y el racismo. El inédito triunfo haitiano generó esperanzas entre miles de afro descendientes e indígenas del Caribe y América que buscaron emular su ejemplo en numerosas conspiraciones y revueltas, pero también produjo pánico entre las elites blancas que bloquearon el país política, cultura y económicamente y lograron finalmente hacer callar su mensaje, a la par que Francia terminó sometiéndolo a lógicas de neo-colonialismo económico.

El proceso independentista del resto de América Latina, fue un acontecimiento singularmente complejo que aunque tuvo corrientes internas populares que promovieron verdaderos cambios sociales profundos, finalmente terminó siendo hegemonizada por los sectores de la elite que lo clausuraron de manera liberal-conservadora. En este sentido, las independencias trajeron muy pocos cambios sociales e incluso en lugares como en Brasil ninguno en absoluto. La independencia terminó implicando el ascenso definitivo de la elite criolla bajo el ropaje republicano y este grupo continuo explotando a los pueblos originarios mediante lógicas de trabajo forzado y a los afrodescendientes a través de la esclavitud.

A pesar, de la promulgación de constituciones que establecían la igualdad ante la ley y el mito de la igualdad racial que se fue construyendo en aquella época, el racismo continuó e incluso se tornó más duro ya que desde fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX fue asumiendo un carácter definitivamente biológico y científico. De esta manera, primero la ilustración y luego el positivismo difundieron las nociones de civilización, orden y progreso, ejes centrales del darwinismo social que fueron tomadas por las elites para construir naciones neo-coloniales, dependientes de Inglaterra

en el plano económico y de Francia en términos culturales y fuertemente racistas en el orden interno. Así, en paralelo a la expansión colonial de las potencias europeas en África y en Asia, las elites construyeron órdenes oligárquicos profundamente dictatoriales, racistas y colonialistas internos bajo velos liberales y republicanos. Los sectores populares, indígenas, mestizos y negros dejaron de ser inferiorizados en términos religiosos, para pasar a ser definidos como subhumanos, atrasados, bárbaros en términos científicos aún más duros. Grandes exponentes de las letras latinoamericanas como Domingo Sarmiento y Alcides Arguedas difundieron y consolidaron estas ideas en obras claves como *Facundo*, *Armonía y Conflicto de Razas en América* y *Pueblo Enfermo* respectivamente.

Tan duro resultó este proyecto, que nuestras elites se propusieron alterar radicalmente la población de América Latina mediante tres estrategias: la educación eurocéntrica, el recambio poblacional a través de la introducción de migrantes europeos supuestamente civilizados y el genocidio directo de parte de la población local. Aquel proyecto tuvo su máxima expresión en la Argentina con el genocidio de los pueblos originarios de la Patagonia y el gran Chaco pero también se reprodujo en Chile con el genocidio del pueblo mapuche en la Araucanía y los Yaquis en México. En todos lados los pueblos indígenas perdieron sus tierras y se reforzó el epistemicidio y las lógicas de trabajo forzado que persistieron hasta bien entrado el siglo XX. La esclavitud fue abolida en la mayoría de la América española a mediados del siglo XIX, pero en Cuba y en Brasil recién fue suprimida en los años 1886 y 1888 respectivamente. Sin embargo, aquel cambio no trajo una genuina emancipación y aquellos sectores sociales quedaron presos de la explotación laboral, el racismo y la pobreza.

En fin, durante la segunda mitad del siglo XIX se desarrolló y consolidó el orden oligárquico y neo-colonial en América Latina el cual se construyó sobre la base del pre-existente sistema colonial. En este sentido, cuando surgió el fascismo en Europa y luego se difundió en el mundo como ideología muchas de sus lógicas no era una novedad para la región, muy por el contrario eran las bases mismas del sistema imperante a pesar de estar disfrazado de un discurso liberal y republicano. Tal como señala Padmore, en el Sur Global los discursos liberales esconden en América un rostro fascista colonial y en poco y nada se diferencian a los explícitamente fascistas de Europa. Algo que podemos ver una y otra vez en nuestra historia y que comprobamos con las peores dictaduras de los años 1960 y 1970 que lle-

varon adelante genocidios en nombre de la civilización liberal, occidental y cristiana con la coordinación y el apoyo de Estados Unidos quien se auto percibe como el máximo representante de la democracia a nivel global. Justamente, dichos fascismos latinoamericanos históricamente han asumido además un carácter profundamente neo-colonial en términos externos sometiendo a nuestros países al poder de Estados Unidos.

Mucha agua ha pasado bajo el puente, pero entender la reemergencia del fascismo actual, bajo la forma de discursos y movimientos libertarios como los de Jair Bolsonaro y Javier Milei, nos obligan a repensarlo desde nuestra realidad latinoamericana y periférica. Es necesario siempre recordar que a pesar de las influencias externas, esos movimientos son expresión de una historia profunda de siglos de colonialismo, neo-colonialismo, esclavitud, patriarcado y racismo que a pesar de las luchas y victorias populares son monstruos de mil cabezas que se han resistido y se resisten a morir de una vez y para siempre.

DISCURSOS DE ODIO Y FASCISMOS EN AMÉRICA LATINA

En estos tiempos se habla mucho de la aparición o el resurgimiento de discursos de odio en América Latina. Los discursos de odio entendidos como narrativas sociales que circulan en el espacio público, ya sea en los medios de comunicación, redes sociales e internet, construyen ideas y caracterizaciones estigmatizantes y de alta carga de violencia simbólica sobre un grupo o colectivo de personas en particular —mujeres, los pueblos originarios, los sectores y organizaciones populares, las personas afrodescendientes, las sexualidades disidentes, los y las inmigrantes o los adversarios políticos—, con el objetivo de justificar, legitimar, habilitar e incitar la confrontación y/o la violencia social.

En este sentido, los discursos de odio configuran narrativas de impronta fascista que dan lugar a estrategias políticas electorales que apuntan a exaltar las frustraciones de ciertos sectores de las clases medias y dirigir las hacia otros grupos de población según su origen, su diversidad cultural, socioeconómica, política, religiosa, de género o identidad sexual generando un clima cultural de intolerancia y odio que en ciertos contextos, pueden provocar prácticas agresivas, segregacionistas o genocidas (Abramovich, 2021). Este tipo de discurso, principalmente discriminatorio, misógino, sexista y racista, se constituye en una herramienta eficaz para la construcción de clivajes político-ideológicos que estructuran y organizan campos antagónicos en la disputa por el poder, a la vez que despolitiza el debate público sobre las formas de producción, acumulación y distribución social de la riqueza en nuestra sociedad, al responsabilizar de las diferentes crisis económicas, sociales y políticas a los sectores sociales que ocupan un lu-

gar de desventaja en un tiempo histórico determinado, en vez de poner la mirada sobre las relaciones de poder y de acumulación, y por lo tanto, en los sectores con poder.

LECTURAS RECOMENDADAS

Abramovich F., et al. (2021). *Discursos de odio. Parte 1: condiciones para su reproducción. Informe LEDA cualitativo #1*. Laboratorio de estudios sobre democracia y autoritarismos (UNSAM) y Grupo de estudios críticos sobre ideología y democracia.

Césaire, Aimé. (2006). *Discurso sobre el colonialismo*. Barcelona: AKAL
Quijano, Aníbal, "Colonialidad del poder y clasificación social", En *El Giro Decolonial*, Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel (eds.), Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Pontificia Universidad Javeriana, 2007.

Lugones, María, "Colonialidad y género. Hacia un feminismo descolonial", en Mignolo, Walter (comp.), *Género y descolonialidad*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2008.

Sobre los autores:

Juan Francisco Martínez Peña: Coordinador del Departamento de Historia del Centro Cultural para la Cooperación Floreal Gorini. Magíster en Ciencias Políticas y Sociología de Flacso, Magister y Doctor en Historia de la Universidad Pompeu Fabra. Además, es director de la Carrera de Historia Instituto Universitario de Derechos Humanos Madres de Plaza de Mayo y docente en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de San Martín

Ianina Lois (colaboradora): Coordinadora del Departamento de Comunicación del Centro Cultural para la Cooperación Floreal Gorini. Doctora en sociología (IDAES / UNSAM) y magíster en política, sociedad y género (FLACSO). Quien además, es profesora e investigadora en la UBA y en la UNAJ. En la actualidad es la secretaria de Extensión Universitaria de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

BIBLIOGRAFÍA

Abramovich F., et al. (2021). *Discursos de odio. Parte 1: condiciones para su reproducción. Informe LEDA cualitativo #1*. Laboratorio de estudios sobre democracia y autoritarismos (UNSAM) y Grupo de estudios críticos sobre ideología y democracia. Disponible en: www.unsam.edu.ar/leda/docs/Informe-cualitativo-1.pdf

Césaire, Aimé. (2006). *Discurso sobre el colonialismo*. Barcelona: AKAL

Dussel, Enrique (1992). *1492 El encubrimiento Del Otro: Hacia El origen Del mito de La modernidad*, La Paz: Plural.

Espinosa Miñoso, Yuderkys, "De por qué es necesario un feminismo descolonial: diferenciación, dominación co-constitutiva de la modernidad occidental y el fin de la política de identidad", *Solar*, Lima, Vol 12, Nro 1, 2019.

Guerra Vilaboy, Sergio (2006). *Breve Historia de América Latina*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

Lugones, María, "Colonialidad y género. Hacia un feminismo descolonial", en Mignolo, Walter (comp.), *Género y descolonialidad*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2008.

Padmore, George. [1936] (1969). *How Britain Rules Africa*. New York: Negro Universities Press.

Quijano, Aníbal, "Colonialidad del poder y clasificación social", En *El Giro Decolonial*, Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel (eds.), Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Pontificia Universidad Javeriana, 2007.

Segato, Rita.(2015). *La Crítica de la colonialidad en ocho ensayos*. Buenos Aires: Prometeo.

Williams, Eric. (2011). *Capitalismo y Esclavitud*. Madrid: Traficante de Sueños.



institutoideal_



InsitutoIdeal



InstitutoIDEAL1



Institutoideal.la



Instituto IDEAL



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

casa de las américas



centro cultural
de la cooperación
FLOREAL GORINI



IDEAL
Instituto para la Democracia Esby Alario

PATRIA